RENOVAR LA ESPERANZA TEOLOGAL EN ESTE CAMBIO DE ÉPOCA

La Esperanza Teologal renueva este cambio de época. Estamos en un gran cambio de época, pero yo os quiero hablar de una perspectiva de este cambio de época que es la que da Ezequiel 37, “el valle de los huesos secos”, que son convocados por la fuerza del Espíritu para renovarlos y para que de ellos nazca una vida nueva. Creo que es nuestra versión creyente del ave fénix. El ave fénix es un mito, pero “el valle de los huesos secos que son renovados”, eso no es un mito, es lo que la gracia nos quiere ofrecer.

Andrea Riccardi dice en un momento determinado que el mayor peligro de este tiempo en la iglesia, es el de las llamas del cansancio. No le voy a rebatir, pero yo sí que me gustaría decir que, yo, más que las llamas del cansancio, me pondría un poco a decir: "Bueno, detrás de ese cansancio, ¿qué hay?". Yo creo que es la necesidad de tener la falta de Esperanza Teologal, que nuestra esperanza no sea meramente humana, estratégica; que sea la Esperanza Teologal.

Ciertamente estamos en un cambio de época. Pues uno diría, basta ver los datos. Ahora mismo va un obispo de visita a un colegio católico donde no hace la primera comunión ni la mitad de los alumnos que están en ese colegio. ¡Ojo!, esto está ocurriendo. Entonces uno dice: "Bueno, este cambio de paradigma donde ya la gente no se casa, no se bautiza, no sé qué, ¿es un desastre? ¿El hundimiento de la cristiandad es un desastre o es una oportunidad histórica para redescubrirnos?".

A mí me gustaría haceros una referencia histórica y que esta reflexión mía final se sirva de una reflexión de lo que fue para los cristianos la caída del Imperio Romano. Este momento que vivimos nosotros, los cristianos en occidente, es parecido al pánico que experimentaban los cristianos cuando veían desmoronarse el Imperio Romano, porque llegaban los bárbaros y, claro, les parecía que aquí ya se ha terminado la cristiandad. Llegan los bárbaros; el cristianismo se había identificado con el Imperio Romano, con los lindes, es que, claro, se acababa el cristianismo. Fue un momento de pánico tremendo.

San Agustín vivió aquel momento conmocionado, el año 400, 410, cuando Alarico saquea Roma y destruye Roma: "¡Pero que han llegado los bárbaros a Roma, que han saqueado Roma! ¿Pero esto qué es? ¿se ha acabado el cristianismo?". Y en ese momento San Agustín se pone a reflexionar, y al año siguiente comienza a escribir *De civitate Dei*, *La ciudad de Dios*. Él dice: "A ver, vamos a repensarnos esto, vamos a repensarnos". Incluso había paganos que hacían una lectura: "Veis, el Imperio se convirtió al cristianismo y ¿de qué nos ha servido? Los dioses paganos nos protegían,

hacían el Imperio fuerte y ahora que tenemos ese Dios cristiano no es poderoso, los bárbaros nos derrotan y hasta decían ese Dios es falso". ¿Os dais cuenta?, no nos protege contra los bárbaros. Esa reflexión allí aconteció, la crisis era total en ese momento.

¿Qué signos había? Bueno, pues digamos que estaba el Imperio Romano en una clara decadencia, se desmoronaba, pero no solo se desmoronaba por la fuerza de los bárbaros, sino por su corrupción interna. La corrupción interna era su caso; la natalidad había caído en picado, ¿os suena esto?, la natalidad había caído en picado, el matrimonio ya no se celebraba, la gente vivía una bacanal de orgía sexual continua. Más de la mitad de los días del calendario anual eran festivos: de 365 días, 190 eran festivos en Roma. A ver, toda era una fiesta, una bacanal, el matrimonio no existía. A ellos no les había llegado la pornografía por internet, pero la vivían también a su nivel.

El flujo migratorio ya era continuo. No os penséis que únicamente los bárbaros entraron en el Imperio cuando derrotaron a las legiones romanas; los bárbaros habían entrado en flujos migratorios continuamente. De hecho, una parte importante ya de los soldados de las legiones romanas no eran romanos, eran bárbaros que habían entrado primero en flujos migratorios porque ya los romanos no querían ser soldados, no, ellos querían vivir bien, y ya muchos soldados de la legión romana eran bárbaros. El flujo migratorio estaba ya llenando pues muchísimos puestos que los romanos no querían cubrir. ¿Os suena esto? A ver, sí es que es increíble, la historia es maestra de muchas cosas.

El Imperio se había convertido al cristianismo ya, sí, pero los cristianos aunque habían influido, pero con el paso del tiempo no habían sido *sal de la tierra, luz del mundo*; se habían aburguesado y participaban muchos de ellos de la degeneración moral del Imperio Romano. En ese momento, San Agustín ante el pánico, de que vienen los bárbaros y se acaba el cristianismo, "¿será esto el fin del mundo?", entonces él escribe *De civitate Dei*, que es una obra clave. Es la obra más extensa de todas las obras que escribió San Agustín --que escribió muchísimas, fue muy prolífico--. Tardó en escribirla varios años, después de que Alarico había hecho ese saqueo de Roma y antes de la caída definitiva del Imperio Romano el año 476, él ya la había escrito y había empezado a difundirse; ha sido la obra la obra más difundida de San Agustín en la Edad Media.

Entonces él hace una reflexión desde la Esperanza Teologal, y él dice: "A ver, Jesucristo es el Señor de la historia y la iglesia es la ciudad de Dios, no es la ciudad de los hombres. La ciudad de los hombres podrá caer, pero la ciudad de Dios es eterna. Estamos en manos del Señor, estamos en sus manos. Dios tiene un designio, que conduce la historia. Iremos conociendo ese designio, lo iremos conociendo. Dios nos iluminará". Y fíjate tú cómo llegaron los bárbaros y los bárbaros se convirtieron al cristianismo. Nosotros ahora muchas veces decimos: -Pero es que el cristianismo, por ejemplo, la llegada de los musulmanes, de tanta inmigración musulmán-, lo percibimos como un fin de época en muchos lugares, ¿y por qué no hacemos una lectura distinta? ¿Por qué no hacemos una lectura diciendo: "Mira, en sus países de origen no nos permiten predicar a Jesucristo, ahora que han llegado aquí se lo vamos a predicar y tendrán el don de convertirse Jesucristo”

De hecho, os voy a contar una anécdota que ya la he contado aquí en algún lugar, y es que yo estoy aquí hablando con vosotros por un musulmán que se convirtió al cristianismo. Y la historia es la siguiente: mi hermano Esteban, que está por ahí, pues él

era sacerdote en San Sebastián, y era capellán de un hospital. Entonces, en un momento determinado, pues él había comenzado a tener ya contacto con Radio María, colaborando telefónicamente. En un momento dado, ya desde Madrid le pedían: "Usted ¿no podría venir aquí a Madrid a ser el director?". "Pero claro, bueno, pues pídanselo ustedes al obispo monseñor Uriarte", (hoy ya fallecido). Claro, se lo pidieron al obispo, pero claro, el obispo soltar un cura pues sabemos lo que cuesta. Recibió la carta de Radio María y no es que dijese que no, no, pero la metió en el cajón, que es lo que hacemos los obispos. Tú metes una carta en el en el rincón de pensar, ¿sabes?, no, lo metes ahí y, en fin, hay cosas que se dilatan, ¿no?

Bueno, pero héteme aquí que de repente un día le llamaron a monseñor Uriarte y le dijeron: "Oiga, que hay un adulto que se quiere bautizar, que además es un musulmán que se quiere bautizar". Y entonces monseñor Uriarte se entrevistó con él y le preguntó: "¿Y tú cómo has conocido a Jesucristo? ¿Cómo te has hecho cristiano tú?". Y él respondió: -Yo, oyendo a Radio María-. Y claro, pues Uriarte se quedó tan impresionado que se acordó de la carta que tenía en el cajón, sacó la carta y le dijo (a mi hermano): "Hala, vete a Radio María". Él fue a Radio María, claro, pero después en Radio María, él metió a su hermano (a mí). Entonces allí que entré yo explicando el Catecismo. después del explicar el catecismo... Bueno, ya estando en la radio, pues la iglesia me pidió ser obispo y te metes en otros líos y te metes en más cosas en Radio María. De manera que muchas veces cuando yo me pongo a hablar delante de la gente digo: "Bueno, que sepan ustedes que yo estoy aquí por un musulmán que se convirtió al cristianismo".

Con lo cual yo creo que lo que tenemos que decir, es que no tenemos miedo a este momento que vivimos, no tenemos miedo a este momento. Jesucristo es el Señor de la historia, Él va a dirigir los hilos de esta historia, al Señor no se le escapa la historia de las manos. Pues el mundo será transformado en Cristo. Los matrimonios que se abren a la vida y con tantas familias numerosas muestran la belleza del amor, serán una gran esperanza. Los centros de orientación familiar en los que se les da una oportunidad para que las heridas de los matrimonios se restauren, serán la posada de la parábola del buen samaritano. El aprendizaje a nuestros adolescentes en aprender a amar, en el que les enseñemos lo esencial, lo fundamental de lo que es la sexualidad, de cuál es pues el designio de Dios en el que se integra el amor y la sexualidad, serán el ABC, la enseñanza que tenemos que hacer en este nuevo mundo. No, no le tenemos miedo a este momento, comenzaremos con el ABC, y el Señor nos sorprenderá. Ese ABC es Fe, Esperanza y Caridad;

Eso es muy importante, y creo que la clave está en que nuestra renovación sea teologal. Por ejemplo, tendremos también que cambiar nuestras obras sociales en las que Jesucristo está de adorno, si es que está incluso, porque a veces ni está de adorno. Y tendrá que estar Jesucristo presente en nuestras obras sociales, como por ejemplo está aquí. A la diócesis llegó el año pasado el Cenáculo, viendo cómo allí pues se restauran los jóvenes que han caído y veis cómo al final es Jesucristo, quien verdaderamente configura esa obra de liberación de los jóvenes de la droga. Es decir, todo en ese ABC teologal, tiene que tener a Jesucristo como el centro y como el sentido último.

Por eso pues, ¿sabéis lo que os digo? Yo a veces suelo decir en plan de broma, pero que es verdad, que yo más que sentirme como un obispo en la barca de Pedro, más

que la barca de Pedro es la tabla de surf de Pedro, ¿sabes? Porque claro, estamos en un momento en el que la debilidad es tremenda, o sea, no sabes si estás debajo del agua o encima del agua. Esa es mi experiencia, yo más que la barca diría la tabla de surf, ¿no?, que tragas mucha agua, te pegas tragos bastante potentes, pero también es verdad que otra característica de la tabla de surf es que de repente te pegas una sorpresa y has avanzado de una manera que dices: "¡Joe, este avance cómo lo hemos hecho?, en barca no lo hubiésemos hecho!". Aquí ha venido una ola y de repente hemos avanzado en dos días lo que parecía que hubiésemos necesitado todo un proceso. Y es verdad, esto es una tabla de surf. Un poco te puedes marear ciertamente, pero hacemos un acto de fe que la iglesia es de Jesús, que la iglesia es del Señor, que estamos en su mano, que por lo tanto tenemos plena Esperanza Teologal. Y escuchamos esa llamada que él nos hace, *duc in altum*, -remar mar adentro-, la escuchamos pues con paz y confianza. "A ver, Señor, tú sabes más, en tus manos nos ponemos, a tus manos nos abandonamos".

Solo le pedimos a la Virgen María que sea madre de cada uno de nosotros para que no pongamos obstáculos, para que seamos dóciles, para que nuestra miseria no sea obstáculo en esta obra de evangelización de un mundo nuevo que está naciendo. Es cierto lo que dice el Papa: esto no es una época de cambio, es un cambio de época. ¿Pero acaso no lo fue lo del Imperio Romano? ¡Madre mía, menudo momento aquel!, viendo cómo todo el mundo temblaba y decía eso no lo que os dije el otro día: "El último que apague la luz y que se trague la llave".

San Agustín con una visión de fe lo ve distinto, porque lo ve con los ojos de Jesús, desde la mirada que da el espíritu. Y entonces somos capaces de escuchar en nuestro corazón: "¿Ves cómo lo hago todo nuevo? ¿Eres capaz de verlo? ¿Eres capaz percibirlo? ¿No te has dado cuenta? ¿No te has enterado que lo hago todo nuevo?". Por eso vamos a concluir este encuentro de la mejor de las formas posibles, celebrando la Eucaristía, ¿sabéis?, y en ella vamos a tener una gran intención: “Señor, renuévalo todo, hazlo todo nuevo, en esta iglesia, esposa de Cristo”. Muchas gracias.